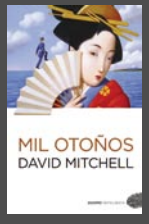
OCCIDENTALES juegan al billar en el enclave de Deshima. Pintura japonesa sobre seda, c 1800.

NOVELA

El otro holandés errante

LA SUPERVIVENCIA DE LOS OCCIDENTALES EN EL TORTUOSO MICROMUNDO DE DESHIMA.



Mil otoños
DAVID MITCHELL
TRAD. DE VÍCTOR V. ÚBEDA
BARCELONA: DUOMO, 2011
640 PP. 23,80 €

Jacob de Zoet quiere casarse por encima de sus posibilidades con una rica muchacha de Amsterdam. Su potencial suegro se lo permitirá si hace fortuna en la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Así es como el joven desembarca en 1799 sobre los tablones de Deshima, una isla artificial en la bahía de Nagasaki. Aquél era el único enclave en que el sogunato permitía el comercio con Europa –concretamente con Holanda– desde que el Japón del período Edo se cerró a cal y canto en 1641. Un lugar minúsculo (de unos 120 m de largo) donde dos civilizaciones se miraban con recelo, admiración y desprecio.

David Mitchell, el joven maravillas de la literatura británica, supo por casualidad de Deshima cuando residía en Nagasaki y la ha rescatado con estruendo. *Mil otoños* fue finalista del Booker, el premio a una novela más prestigioso del planeta, y ha sido un bombazo en ventas en el mundo anglosajón.

Vivir en Deshima, descubre prontísimo Jacob, es estar en una prisión. Dos veces al día los nipones pasan lista, y solo los máximos mandatarios holandeses, y en contadísimas excepciones, pueden cruzar la Puerta Terrestre (un puente constantemente vigilado) hacia el sagrado suelo japonés. Nuestro pelirrojo e hipermétrope protagonista llega allí como un escribano de envarada moral y recta religiosidad. Él es la manzana verde en un cesto de fruta podrida: en el enclave, quien más quien menos tiene un negocio de tapadillo. A De Zoet le encargan escarbar en la contabilidad y sacar a la luz las mercancías desaparecidas, las comisiones ilegales y demás trapicheos. Cree que su profesionalidad sin mácula será recompensada por sus superiores. Qué equivocado está. A su desgracia profesional se unirá el derrumbe de su espíritu: se enamora de una comadrona japonesa, una de las pocas mujeres locales a las que se permite la entrada en Deshima.

La erudición detrás de *Mil otoños* es espectacular. Pero Mitchell no recurre ni a parrafadas de libro de texto ni a diálogos de besugos en que un personaje explica a otro algo obvio para alguien de la época. La documentación acumulada por el autor aflora en la redonda caracterización psicológica de los personajes, bien diferenciados por nacionalidades, o en el magníficamente plasmado tira y afloja entre holandeses y nipones: los primeros más interesados en intercambiar mercancías; los segundos, en tener noticias del exterior. Al perfeccionista Mitchell no se le ha escapado el importantísimo papel de la barrera idiomática. Los holandeses tenían prohibido aprender japonés, y en todo momento les carcome la duda de si los intérpretes locales (una casta poderosísima en Deshima) transmiten correctamente sus designios. Y más cuando existen palabras sin equivalencia inmediata, como "intimidad", "atrabiliario" o el verbo "merecer". ■ ***Texto:*** *Rafael Bladé*